

4. Populismo e ideología II

Advertencia preliminar: En los anteriores ensayos hemos utilizado como sinónimos las expresiones "la ideología" y "lo ideológico". Concordando con las precisiones propuestas por E. Verón,¹ pensamos hoy que es conveniente marcar una cierta distancia entre uno y otro término. Así pues, entenderemos por "ideologías" —de acuerdo con su acepción corriente— a aquellos conjuntos discursivos, en el sentido más amplio posible, a través de los cuales se expresan sistemas de creencias, representaciones, concepciones del mundo, propias de una sociedad o de un grupo social determinado. Se trata evidentemente de una noción imprecisa y descriptiva. Imprecisa, porque es susceptible de los empleos más heterogéneos: tanto en los discursos "legos" como en los de las ciencias sociales, se suele utilizar dicho término para recortar fenómenos tan dispares como los que designan, por ejemplo, las expresiones "ideología burguesa", "ideología fascista", "ideología desarrollista", "ideología militarista", etcétera, etcétera. Descriptiva (es decir, no teórica), por el hecho de que su papel principal es organizar la percepción de los agentes sociales con respecto a los hechos de significación que juzgan social o políticamente relevantes. Dicho esto, es preciso señalar, sin embargo, que la fragilidad teórica de la noción no la vuelve menos indispensable en la investigación, siquiera sea para "nombrar" tal o cual conjunto de discursos socialmente reconocidos como portadores de significaciones ideológicas comunes.

Por el contrario, el término "lo ideológico" se plantea como un concepto teórico en sentido estricto. Su caracterización no plantea en este caso mayores dificultades puesto que coincide punto por punto con aquella que hacemos de *la ideología y/o de lo ideológico* —indistintamente— en el texto *Sociedad, ideología y comunicación*. Decimos allí, en efecto, que lo ideológico no designa a una clase empíricamente delimitable de hechos de significación, sino una dimensión inherente a toda realidad significativa. Señalamos asimismo en dicho trabajo que esa dimensión era susceptible de ser encarada desde dos puntos de vista diferentes, según enfoquemos el análisis en el proceso directo de producción o bien en el proceso de recepción de un determinado conjunto discursivo. En el primer caso, lo ideológico designa la relación existente entre el discurso y sus condiciones *sociales* de producción, en tanto esas condiciones se traducen bajo la forma de reglas de engendramiento del sentido; en el segundo caso, y de manera complementaria, lo ideológico designa la relación existente entre el conjunto discursivo de referencia y sus condiciones *sociales* de recepción. Indicamos al respecto que el análisis de lo ideológico "en recepción" tenía por objeto dar cuenta no de las reglas y operaciones de engendramiento del discurso, sino de sus efectos, de su "eficacia", en una situación social determinada.

No nos detendremos en la descripción detallada de estos dos tipos de análisis puesto que lo esencial ha sido expuesto en el mencionado trabajo *Sociedad, ideología y comunicación*. Por lo demás, en este y en los subsiguientes artículos hemos de volver sobre este punto.

I. Lo ideológico en el discurso político de Perón

En nuestro comentario sobre el libro de Ernesto Laclau, y en particular sobre sus tesis acerca del populismo, hicimos algunas rápidas indicaciones con referencia a las propiedades más relevantes del discurso peronista de la "primera época" (años 1945-1950 aproximadamente). Nos proponemos ahora retomar y desarrollar esas indicaciones, manteniendo siempre como trasfondo la discusión iniciada en dicho comentario.

Como se recordará, en el mencionado trabajo hicimos mención, a título ilustrativo, de algunos párrafos —los más conocidos— de un también conocido discurso de Perón: el que pronunciara en el acto de proclamación de su candidatura (12 de febrero de 1946). Ilustración por cierto abusivamente parcial porque extraía conclusiones de alcance general a partir del comentario de *un* corto fragmento de *un* solo discurso del entonces coronel Perón, omitiendo toda referencia al considerable *corpus* constituido por sus discursos de esos meses. Por ello, creemos conveniente intentar al menos reducir algunas de las principales insuficiencias de ese análisis, aun al precio de matizar y/o rectificar ciertas conclusiones un tanto esquemáticas que en él figuran.

Ahora bien, puesto que, como hemos señalado, tanto el comentario en cuestión como las inferencias de él extraídas tenían como único punto de referencia el discurso del 12-11-46, parece lógico comenzar retomando el análisis de este último.

En primer lugar, creemos necesarias algunas indicaciones sobre la coyuntura en que ese discurso fue pronunciado. Estamos en febrero de 1946: culmina en Argentina una campaña electoral particularmente intensa. En ella participan activa y masivamente todos los sectores sociales y políticos: obreros, estudiantes, clases medias, cuadros partidarios, figuras políticas y hasta la más rancia burguesía se lanzan a la calle, corean consignas, recaudan fondos, organizan todo tipo de manifestaciones en favor de sus respectivos candidatos. Esta unánime movilización no carece de motivos: nadie puede no saber que lo que se juega en esas elecciones es decisivo para el futuro del país y, en particular, para los intereses de cada uno de esos sectores. Por otra parte, y más allá de las declaraciones verbales, pocos pueden refugiarse en la convicción

optimista de un triunfo o en la pesimista de una derrota seguras. Hay en todos esperanza, pero no certidumbre; tanto el optimismo como el pesimismo son cautelosos: sólo está excluida la indiferencia.

En el espacio de esta polarizada escena política los protagonistas son, por así decir, heterogéneos: por un lado, una coalición electoral que reúne, bajo el emblema "Unión Democrática", a los principales partidos políticos tradicionales, con la neta hegemonía de la Unión Cívica Radical; por otro, un líder "carismático", el coronel Juan Domingo Perón, cuya candidatura a la presidencia de la república es sostenida por un partido fundado hace apenas cuatro meses (el Partido Laborista) y por otras fuerzas de menor importancia (en particular por la llamada Junta Renovadora, reducido sector separado del radicalismo, de cuyas filas saldrá el candidato a la vicepresidencia).

Los radicales, así como los demócrata-progresistas, los socialistas y los comunistas —todos integrantes de la UD— cuentan en su favor con las ventajas de máquinas y estructuras políticas consolidadas desde mucho tiempo atrás y conocedoras de su oficio; cuentan también con la tradicional raigambre popular de un partido, la UCR, que ganó por amplio margen todas las elecciones presidenciales razonablemente no fraudulentas de los últimos treinta años. Perón, por su parte, es ya una indiscutible figura popular, que tiene en su haber el resuelto apoyo de la gran mayoría de la clase obrera a lo que se añade el muy importante sostén del gobierno militar en plaza. Tiene asimismo una reconocida capacidad de sacar provecho de su prestigio personal para ganar adeptos y de su consiguiente autoridad para dirimir litigios entre sus adherentes. Por lo demás ni el pasado ni el presente de los partidos de la UD ha sido en ningún caso immaculado: sin ir más lejos, la difundida convergencia entre comunistas y conservadores aunque éstos últimos no integren oficialmente la UD permite denunciar fácilmente el oportunismo electoral y la inconsecuencia política de unos y otros. Y, pese a que Perón está lejos de ser inatacable, es indispensable saber hacerlo sin provocar fricciones en las filas mismas de la UD, y, sobre todo, evitando oponer al orden concreto de razones que sistemáticamente esgrime Perón, ese orden "abstracto" tan característico del discurso político tradicional. Tarea ésta nada fácil para quienes, durante décadas, no han conocido otro lenguaje, ni otra retórica, que las que ese discurso ponía en obra.

Así pues, a comienzos de 1946, la Argentina afrontaba una coyuntura crucial que habría de dirimirse en una elección cuyo resultado era para todos incierto. De allí la importancia decisiva de la campaña electoral como tal: de ella-dependería hacia quién se inclinaría finalmente la balanza. Ganaría aquel que, consciente de este hecho, fuera capaz de afrontar con mayor habilidad y mejores recursos ese combate de corto plazo.

Sin duda, en esa elección se enfrentaban dos proyectos políticos, expresados y sustentados por fuerzas sociales con características, con intereses y también con tradiciones e ideas nítidamente opuestas. En lo relativo a la naturaleza y los alcances económicos, sociales y políticos de dicho enfrentamiento, contamos en la actualidad con múltiples análisis, no siempre coincidentes, pero todos útiles. Estos análisis constituyen un obligado punto de referencia para dar cuenta de ese momento histórico fundamental que vivía entonces la sociedad argentina.

De todos modos, el hecho de que la coyuntura política girara en torno a los vaivenes, y finalmente al resultado, de una campaña electoral, otorgaba a aquélla características especiales. No hay acción política alguna (ni siquiera aquellas caracterizadas por el ejercicio abierto de la represión física (cfr. Verón, 1978b), que no esté constitutivamente marcada por lo discursivo, aun entendiendo este último sentido en su sentido más restringido. No es pues el primado de los discursos políticos o, si se quiere, de aquella forma de la práctica política que se traduce en arengas, proclamas, alocuciones, *slogans* y debates públicos, etcétera, lo que caracteriza a una campaña electoral: es más bien la modalidad particular que adquiere, en esos casos, la discursividad política y su forma de funcionamiento

Dicho de Otro modo, un discurso político con objetivos electorales o, simplemente, que se produce y difunde en ocasión de elecciones, posee o adquiere propiedades que lo distinguen nítidamente de otros subtipos de discurso político (**por** ejemplo, los informes anuales de un gobernante, las resoluciones de un congreso partidario, las intervenciones de un diputado en la Cámara, etcétera). Claro está que todos esos diferentes subtipos de discursos tienen rasgos en común, sin lo cual no habría razón alguna para incluirlos en el mismo género. En el capítulo anterior hicimos un inventario conciso y descriptivo, pero que juzgamos, a todos efectos prácticos, suficiente, de algunos de esos rasgos. En cambio, dejamos de lado toda mención de las diferencias que, sin perjuicio de las mencionadas características comunes, existen entre discursos políticos emitidos y recibidos en condiciones institucionales y en coyunturas históricas también diferentes. Ello, entre otras cosas, nos llevó al error de afirmar que, entre las mencionadas características generales, figura la de que todo discurso político tiene como mira sus efectos ideológicos "inmediatos". Error que podríamos quizá explicar recordando que nuestro punto de referencia era un discurso electoral —el mismo que ahora retomamos— el cual posee en efecto tal característica.

Pero, aun explicado, un error sigue siendo un error, ya que, en realidad, abundan discursos eminentemente políticos que, por múltiples razones, adoptan una forma "principista" o doctrinaria (lo que hasta cierto punto los acerca al discurso "pedagógico"). En esos casos, la eficacia ideológica está menos centrada en sus resultados inmediatos que en sus efectos didáctico-formativos, lo cual suele requerir plegarse al ritmo paciente del mediano o largo plazo.

Por el contrario, en un discurso electoral, los aspectos polémicos y programáticos tienden a prescindir de matices, de modalizaciones y, a menudo, de las fatigas de una argumentación prolija y elaborada: adoptan en cambio una forma crasamente declarativa y, por lo general, categórica. Las proposiciones son enunciadas como si se tratara de evidencias inapelables; la "violencia simbólica" se ejerce y se disimula presentando a los juicios valorativos como simples constataciones de hechos y a las exhortaciones y consignas como lógicos corolarios de aquéllas. La explicación de los hechos, tanto como la factibilidad de las propuestas programáticas, se subordinan a la exigencia de vencer lo inmediato; el discurso político debe adaptarse a las urgencias y a la vehemencia de un combate que llega a su tramo final y del cual depende su resultado. La afirmación y el ataque espectaculares importan más que la calmada lógica de un razonamiento; la frase oportuna e impactante tiene mayor eficacia que el enunciado verdadero, pero desprovisto de esas virtudes **retóricas**. Dicho lo cual, retomemos nuestro ejemplo.

En el acto público, realizado en Buenos Aires, en el cual la Unión Democrática proclama sus candidatos, el primer orador designado, el doctor Ricardo Rojas (literato, erudito, autor de una copiosa obra, radical cuyas veleidades nacionalistas fueron siempre moderadas por un indeclinable liberalismo) inicia su discurso citando palabras del profeta Ezequiel y lo desarrolla con gris desenvoltura, reiterando los principales *leit-motifs* del discurso político tradicional (sobrecargados, además, con variadas referencias académicas). En su exposición desfilan, con una casi ritual regularidad, viejos y conocidos personajes: la libertad, la patria, los héroes nacionales, la democracia, la providencia divina, **etcétera**, etcétera. Todo en su discurso es previsible: hasta el tono firme y pausado de quien lo pronuncia. Los oradores que lo relevan (entre ellos los candidatos a la presidencia y vicepresidencia, doctores Tamborini y Mosca) no juzgan oportuno apartarse de ese molde discursivo clásico; para ellos no hay otro discurso político posible que aquel que se atiene a esas normas.

Pocos días más tarde, en otro lugar de la capital, habla Perón. En contraste con su forma de proceder habitual, se abstiene de improvisar y lee un texto previamente preparado (cfr. Luna, 1972). Por lo general, un discurso público leído se tiñe de una formalidad que, en el debate político, no suele ser ventajosa. Nada mejor que esa circunstancia, en apariencia negativa, para demostrar que el candidato populista sabía lo que se jugaba esa noche.

En efecto, Perón era más que un excelente orador; era además un político muy consciente de los riesgos y del poder de la palabra. Por eso mismo comprendía que, en ocasiones, podía ser necesario sacrificar en parte las virtudes histriónicas de una arenga improvisada —género que dominaba con probada maestría— en aras de un *modus operandi* discursivo que tenía la doble ventaja complementaria de permitir pesar previamente cada palabra y a la vez de dar todo su peso a los enunciados clave. Por otra parte, el serio formalismo que suele connotar un discurso público por el hecho de ser leído no dejaba de guardar correspondencia con la índole del acto en que fue pronunciado: no se trataba de una reunión política más, sino del acto de proclamación de la candidatura de Perón. El propio candidato no vaciló en enfatizar ese carácter solemne, leyendo su discurso con austeros anteojos y omitiendo el ritual peronista de quitarse el saco.

Creemos que esos aparentes detalles están lejos de ser insignificantes; no por casualidad han sido registrados por varios observadores y algún historiador (cfr. Luna, 1972). Veamos pues cuál es su alcance y en qué contexto se inscriben.

Por entonces, Perón acababa de concluir su tercera gira por el interior del país. Pocas dudas caben de que, al cabo de esas *tournées*, había adquirido la certeza de que el voto provinciano le sería en general favorable. En cambio, mucho menos asegurado le parecía su triunfo en la Capital Federal: una derrota aplastante en una ciudad que albergaba a casi dos millones y medio de habitantes podía resultar a la postre decisiva.

Pero no se trataba sólo de ganar la capital de la república. Esto es: la mera referencia "geográfica" es insuficiente e incluso engañosa si se olvida el aspecto *social* del problema. En efecto, lo que preocupaba a Perón era el no seguro voto favorable de los sectores medios, predominantemente urbanos pero no sólo capitalinos, del país. La irrupción abierta y masiva de la clase obrera en la escena política era un hecho de trascendental importancia en la sociedad argentina; nadie comprendía mejor este hecho que el propio Perón, a cuyo nombre dicha irrupción está indisolublemente asociada. Pero hubiera sido suicida, electoralmente hablando, no percibir, a la hora de los votos, el importantísimo peso de la numerosa clase media argentina.

El discurso del 12 de febrero de 1946 fue transmitido por radio a todo el país. El hecho tendría un limitado interés de no ser por una curiosa circunstancia: pronunciadas las primeras palabras, Perón se retiró al interior del edificio cuyo balcón hacía las veces de tribuna y prosiguió desde allí su lectura, para evitar que el bullicio popular entorpeciera la recepción radiofónica del discurso. Sólo hacia el final volvió a hablar desde el balcón.

Este procedimiento "anómalo", ¿no es acaso una prueba de que uno de los principales destinatarios del mencionado discurso era justamente el elector que no asistiría al acto? Dicho de un modo más simple: ¿no se trataba ante todo de que lo escucharan los ausentes y, en especial, los ausentes por propia voluntad, es

decir, los probables opositores a Perón? Varios indicadores —a los que nos referiremos más adelante— tienden a

mostrar que Perón se dirigía primordialmente a quienes no estaban en el acto (por oposición o por simple desconfianza), al votante no convencido y vacilante, a los que, no habiendo concurrido a la proclamación, bien podían sin embargo —siquiera por curiosidad— escuchar sus palabras. Esa inmensa minoría invisible no estaba compuesta por la oligarquía ni por la gran burguesía: la constituían en primer lugar las capas medias, esto es, el empleado, el maestro de escuela, el profesional, el pequeño propietario, el técnico, el burócrata subalterno, así como también algunos sectores obreros. Había que ganar adherentes en esos grupos, seguramente capaces de decidir una elección polarizada.

No era pues el momento de hablar en mangas de camisa, ni tampoco de arriesgarse a las siempre posibles *gaffes* de una improvisación. Por el contrario, había que calcular bien cada palabra y desplegar una táctica discursiva en la cual ninguna frase debía quedar librada al azar o a la inspiración del momento. De allí la lectura, de allí el retiro de los balcones, de allí el sacrificio —parcial— de las formas populares de expresión, típicas del discurso de Perón.

Señalado esto, sería simplista y falso afirmar que Perón destinó exclusivamente ese discurso a las clases medias y a los sectores opositores o vacilantes. Fue sin duda un discurso ejemplar, y ejemplarmente eficaz, hábilmente destinado a un auditor múltiple y diversificado, producto de determinaciones mediatas e inmediatas, en el cual el largo plazo de la ideología estructurante supo articularse con el corto plazo de la táctica político-discursiva, y donde el peso de las constantes ideológicas del pensamiento de Perón no excluyó la flexibilidad y la maleabilidad necesarias en una coyuntura electoral. De resultados de lo cual, y aunque esta causa no haya sido la única, Perón ganó las elecciones en el país. . . y en la Capital Federal.

Empero, antes de volver sobre este discurso —y para mejor encarar el análisis de sus propiedades— se nos permitirá un rodeo.

II. Acerca de la política del discurso de Perón

Acabamos de hacer mención de la existencia de constantes ideológicas en el discurso peronista.² Esas constantes perdurarán, a pesar de los vaivenes del tiempo y las coyunturas, a lo largo de toda la trayectoria política del caudillo, esto es, desde fines de 1943 hasta su muerte en julio de 1974.

No obstante, y sin desmentir lo anterior, agregaremos que existen también variantes, no menos determinadas que las constantes, inherentes a dicho discurso, variantes más o menos nítidamente relacionadas con las transformaciones de la situación política argentina. (habida cuenta del hecho de que el propio Perón jugó a menudo un papel de primera importancia en esa situación y en esas transformaciones). Al respecto, creemos posible distinguir al menos las siguientes etapas, correspondientes a otras tantas transformaciones de la discursividad peronista.

i) La etapa de "constitución" del discurso peronista, que comprende el período que va desde fines de 1943 a mediados de 1945.

ii) La etapa que llamaremos típicamente "populista" del discurso de Perón, y que se extiende desde el comienzo de la campaña electoral (fines de 1945) hasta el fin de su primera presidencia (1951). El discurso, primero militante, luego triunfante, de Perón manifiesta durante esta etapa una unidad y sobre todo una tipicidad claramente definidas.

A esas etapas suceden otras: *iii*) la correspondiente a los años de su segunda presidencia, en la cual los elementos propiamente populistas de dicho discurso van paulatinamente desapareciendo; *iv*) la larga —y, desde el punto de vista discursivo, compleja— etapa del exilio; en fin, *v*) la etapa del retorno, correspondiente a los discursos de su tercera presidencia.

Es preciso acotar que esta periodización no debe entenderse en términos rígidos: primero, por su carácter aproximado y en consecuencia impreciso; segundo porque, con frecuencia, al calor de determinadas coyunturas cruciales, elementos relegados u olvidados de una etapa anterior **vuelven** a hacerse, inesperadamente presentes. De todos modos, habida cuenta de esto último, el recorte cronológico que proponemos nos parece en lo esencial válido.

Comencemos con algunas indicaciones sobre las ya mencionadas constantes del discurso peronista. Según nuestra opinión, dichas constantes se sitúan en diferentes registros, sin perjuicio de estar estrecha y coherentemente articuladas. Pero entremos sin más trámites en materia.

En un discurso transmitido por la Red Argentina de Radiodifusión el '2 de diciembre de 1943 —suerte de proclama inaugural de la recientemente creada Secretaria de Trabajo y Previsión— Perón señalaba, entre otras cosas, que la "vida civilizada en general, y la económica en particular, del mismo

modo que la propia vida humana, se extinguen cuando falla la organización de las células que la componen".

Casi treinta años después, el **8** de noviembre de **1973**, ya con la investidura de presidente (por tercera vez), de la república, en una exposición en la < Confederación General del Trabajo, declaraba: "... el mismo **microbio** que entra, el germen patológico que invade el organismo fisiológico, genera sus propios anticuerpos, y esos anticuerpos son los que actúan **en la** autodefensa. En el organismo institucional sucede lo mismo. Cuando **se** dejan actuar los gérmenes patógenos, que también los hay, al entrar **en** el cuerpo orgánico institucional, generan también sus anticuerpos."

En el lapso de tres décadas que media entre esas dos fechas, la producción discursiva de Perón hace uso, abundante y recurrentemente, de esas referencias y metáforas organicistas (hasta el punto en que los afectos a las ciencias sociales tienen a veces la impresión de estar leyendo a Spencer o a Durkheim): expresiones tales como "organismo o cuerpo social", "lucha por la vida", "selección natural", "virus sociales", "salud o enfermedad" (del cuerpo social), "metabolismo", "evolución", etcétera, surgen insistentemente tanto de su voz como de su pluma.

¿Diremos, entonces, que esos reiterados reenvíos de lo social a lo biológico y viceversa no desempeñan, en el discurso de Perón, otro papel **que** el de meras ilustraciones pedagógicas? Sin duda algo de cierto hay en ello, siquiera sea porque tales expresiones figuran incluso en sus discursos **más** combativos y "anti *statu-quo*". De todos modos, esta recurrencia no deja de ser sintomática, toda vez que, para decirlo rápidamente, la "pedagogía" política no **es** incapaz de apelar a otros recursos que los que proporcionan las "ciencias de la vida".

Durante la segunda mitad del siglo XIX el pensamiento social y político dominante, notoriamente inspirado en el organicismo y el darwinismo, consagró lo esencial de sus reflexiones a la cuestión del *orden social*. El modelo biológico-evolucionista se revelaba, a esos efectos, extraordinariamente fecundo: al tiempo que excluía todo "extremismo" revolucionario, dejaba abiertas las puertas para una concepción flexible y pragmática del accionar social, en el interior de la cual el conservadurismo y el reformismo podían coexistir armoniosamente. Así, por ejemplo, si determinados fenómenos "patológicos" afectaban seriamente el equilibrio del "cuerpo" social, ciertas reformas se imponían; pero, en todo caso, de lo que se **trataba** siempre mediante esas reformas era de asegurar y reformar el orden amenazado, y nunca, por supuesto, de subvertir o de transformar radicalmente dicho orden. A un organismo enfermo no se lo revoluciona: en «l-mejor de los casos se "restaura" su salud.

Todo indica que **el** pensamiento político de Perón —encarnado en sus discursos— ha permanecido siempre encerrado en los límites absolutos de esa problemática. Citemos sus palabras:

.. Por el bien de mi patria, quisiera que mis enemigos se convenciesen de que mi actitud no sólo es humana, sino que es conservadora, en la noble acepción del vocablo.

Que esas frases no son circunstanciales lo prueba el hecho de que figuran en nuestro discurso de referencia —el de la proclamación de su candidatura— discurso que fue, además, uno de los más agresivos y combativos de Perón. Ciertamente es, sin embargo, que los enemigos de Perón no se convencieron en absoluto de la sinceridad de su "actitud conservadora". Pero eso es otra historia: la de los *efectos*, múltiples y a menudo contradictorios, del discurso peronista, historia que merecería un análisis especial.³

De todos modos, esa constante ideológica de los discursos de Perón nos parece indesmentible: opción permanente por el orden social contra las ideologías extrañas, contra la agitación de los políticos profesionales, contra el disturbio sistemático, e incluso contra el "egoísmo" y los "excesos" de los patrones, en tanto esos "vicios" son factores potenciales de desorden y de conflictos.⁴ En ese sentido, las metáforas organicistas nos **parecen** relevantes sólo como huellas de un ideologismo (el del orden social) susceptible por lo demás de adoptar en superficie otras formas de manifestación.

En un reciente trabajo sobre el discurso peronista Silvia Sigal y Eliseo Verón (1981) aportan elementos muy importantes que, en nuestra opinión

tienden a confirmar, y también a enriquecer, nuestras precedentes afirmaciones. Valioso y pertinente nos parece al respecto el análisis de los autores acerca del "modelo de la llegada" como uno de los temas recurrentes de los discursos de Perón. También en este caso cabe destacar que la referencia explícita, en esos discursos, al dirigente que "llega de un viaje", importa menos que el dispositivo discursivo al que sirve, por así decir, de instrumento. Ese dispositivo no es otro que el planteamiento, la "puesta en escena", de una relación irreductible de exterioridad entre Perón y los destinatarios de sus discursos. Dicho esto, y como lo sugieren **S.** Sigal y **E.** Verón, tal relación de exterioridad suele aparecer negada en el momento mismo en que se la afirma: así por ejemplo, las fuerzas armadas son definidas —siempre en los discursos de Perón— como una instancia exterior al juego político y a las luchas sociales y, al mismo tiempo, como siendo "el pueblo mismo". La ecuación, que dichos discursos sugieren, entre Estado, Ejército y Pueblo coexiste con la afirmación de esta posición externa del militar respecto a la política y a la sociedad civil. En tal sentido, el discurso peronista puede ser adecuadamente caracterizado como la puesta en funcionamiento de la oposición entre la exterioridad, nunca desmentida, y la interioridad a menudo

afirmada, entre el Líder y "sus" dirigidos. Mecanismo discursivo que hace jugar hábilmente la situación dual de quien se autodefine como quien está al mismo tiempo afuera y adentro: soldado que deviene pueblo, sin dejar de ser soldado; coronel de la nación que es asimismo trabajador, a condición de que se le considere "primer" trabajador (véase el capítulo 6 de este volumen). Imposible no extraer la conclusión de que ese mecanismo, al tiempo que apunta a destacar la figura personal del caudillo, otorga a dicha figura el papel de *mediador* privilegiado. Perón no viene a traer el escándalo al mundo: viene por el contrario, munido de su autoridad de Jefe, a mediar en un conflicto en tren de agravarse, con el objeto de reestablecer el equilibrio de la balanza; su misión fue siempre, y no sólo en 1973, una misión de paz".

(Hay más: Perón llega para hacerse cargo de otra llegada, imagen simétrica de la suya propia: la de los nuevos obreros que se trasladan a los grandes

centros urbanos, y a la Capital Federal en particular; la de la masa sudorosa

que cruza el Riachuelo y ocupa la Plaza de Mayo el 17 de octubre de 1945. Esa irrupción social y política debe ser asumida y canalizada por el sistema político: tal es la función de Perón.)

S. Sigal y Eliseo Verón muestran con claridad, a través del examen de la semantización de la política y de lo político en el discurso peronista, cómo, más allá de las reformulaciones, los cambios, las aparentes inconsecuencias, el dispositivo ideológico de dicho discurso permanece esencialmente inalterado: la política es siempre pensada como fuente de conflictualidades espurias (toda conflictualidad es espuria: quien la promueve "no merece el título ni la dignidad de ser argentino") y la misión de Perón, en la medida misma en que propugna la "unión de los argentinos", debe situarse en un lugar trascendente respecto de la política y descalificar a esta última.⁵

Hechas estas —debemos reconocerlo— harto breves referencias a las constantes ideológicas de los discursos de Perón, podemos pasar ahora al examen de sus variaciones. En la enumeración que hicimos páginas atrás distinguimos de un modo aproximativo cuatro etapas correspondientes a otras tantas modificaciones en las formas y contenidos de dichos discursos. Ahora, por razones que hacen al carácter inacabado de nuestra investigación, en este trabajo nos limitaremos a las dos primeras.

1a. etapa (fines de 1943 a mediados de 1945): durante todo este período, y teniendo siempre presentes las ya mencionadas constantes, los discursos de Perón ponen en obra una estrategia discursiva diversificada; en ellos, sucesivamente, Perón no sólo afirma posiciones divergentes —y hasta opuestas— sino también recurre a formas retóricas de exposición diversas, de acuerdo con las circunstancias y los interlocutores de turno. Dicha estrategia múltiple se explica por varias razones. Mencionemos aquellas que nos parecen más relevantes:

a) aunque la mayoría de sus discursos están explícitamente dirigidos a sectores o al conjunto del movimiento obrero, en este período Perón no ha logrado todavía disipar la desconfianza del sindicalismo tradicional con respecto a su gestión y a su propia persona. Acusado de simpatías por el nazismo y el fascismo, como lo proclama abiertamente la propaganda opositora, responsable de iniciativas positivas, pero también de medidas represivas contra ciertos sindicatos, Perón aparece al movimiento obrero como un personaje ambiguo, sospechoso. A su modo, sus discursos se hacen cargo de este hecho. El movimiento obrero no se ha identificado con su política; tampoco Perón habrá de identificarse con la política del movimiento obrero. Sus discursos exaltan y asumen la defensa de la clase trabajadora, pero también, no pocas veces, la reconviene y la amonesta, rozando a veces la amenaza pura y simple.⁸

b) Por otra parte, además del movimiento obrero, Perón debe tener en cuenta, en un momento en que su propia situación política en el seno del gobierno surgido del golpe de junio de 1943 está lejos de haberse afirmado definitivamente, a otros interlocutores: en particular, a las propias fuerzas armadas, pero también a la iglesia, a la clase media y, en fin, incluso a los sectores de la alta burguesía (a quienes dirige uno de sus más controvertidos discursos: el que pronuncia en la Bolsa de Comercio en agosto de 1944).⁷

c) Por último, Perón, al tiempo que busca afirmar su presencia política personal, debe hacerse cargo del hecho de que sigue siendo ante todo un miembro del gobierno en plaza y hablar *también* "en nombre" y como representante de ese gobierno.

Todo lo cual se traduce en un juego discursivo complejo —y a menudo contradictorio— en el cual sobresalen nítidamente, a modo de síntomas, algunos rasgos:

i) en primer lugar, un "vaivén" permanente en lo relativo a la posición del enunciador en casi todos sus discursos:

—predominio, en ocasiones, del "*nosotros institucional*" (por ejemplo: "... Para saldar la gran deuda que todavía tenemos con las masas sufridas y virtuosas, *hemos* de apelar a la unión de todos los argentinos de buena voluntad..."; discurso del I-XII-43). *En este caso, el "nosotros" tácito se refiere al gobierno;*

—utilización, en otras, del "*nosotros inclusivo*" —que engloba tanto al emisor como a sus interlocutores— (por ejemplo: "... *Comencemos*. .. por *unirnos* los hombres que *tenemos* los destinos de la patria en *nuestras* manos"; discurso del 20-XII-34, en el almuerzo de camaradería del profesorado y magisterio argentino). *En este caso el "nosotros" incluye a Perón, como miembro del gobierno, y a sus interlocutores: los nuestros y profesores;*

—empleo, a menudo, del "yo institucional" (por ejemplo: "... El saludo que les envió en mi calidad de Secretario de Trabajo y Previsión...", discurso del 3-XII-43, dirigido a los trabajadores del país). *Perón se refiere aquí a sí mismo en tanto miembro del gobierno;*

—por último, introducción, de más en más frecuente por cierto, del "yo personal" (en este caso, los ejemplos abundan: "No soy hombre de sofismas ni de soluciones a medias"; "no *desmayaré* ni *ocultaré* las armas con las que *combatiré* en todos los terrenos"; "Creo que las reivindicaciones, como las revoluciones, no se proclaman, y se cumplen, sencillamente"; "Al hablar en otra oportunidad a los trabajadores de la patria, les *solicité* que tuvieran confianza. .. Hoy me *encuentro* absolutamente *persuadido* de que esa confianza existe.. ."; citas extraídas de varios discursos de 1943 y 1944).⁸ *Perón habla, en tales casos, en su propio nombre*, llegando en ocasiones a marcar una tenue separación entre su persona y el gobierno del que forma parte. Así, por ejemplo: "Como no soy hombre que promete lo que no puede cumplir, no *quiero* decir a ustedes, que tratándose de un asunto que *sólo compete en forma indirecta*, pueda resolver yo exclusivamente. Yo *sólo puedo* poner mis buenos oficios, y la fuerza moral de convicción que tiene esta casa, cuando defiende una causa justa; porque jamás ha defendido una causa injusta". (Discurso del 8-VII-1944, dirigido a los deben turistas de una compañía de transportes.)

De todos modos, este "vaivén" es casi constante en todos sus discursos del período; el sujeto-enunciador se desplaza y se transforma sin cesar, de una frase a otra y, a veces, en el interior de una misma frase. No sólo Perón, el individuo, habla por su boca: hablan a veces el secretario de Guerra, el secretario/de Trabajo y Previsión, las fuerzas armadas, el gobierno, o bien hablamos "todos nosotros" (los "argentinos", "los hombres de buena voluntad", "los que trabajamos por el bien de la República", etcétera).

ii) En segundo lugar, hallamos en dichos discursos, sucesivamente, la afirmación de posiciones divergentes. A veces, la Secretaría de Trabajo y Previsión es definida como un organismo del estado, encargado de mediar en los conflictos entre patrones y obreros; otras veces, es presentada por Perón, simplemente, como la "casa de los trabajadores" (y denegado SU CARÁCTER DE INSTITUCIÓN ESTATAL) también, incluso, le ocurre afirmar que "esta casa no es sólo de los trabajadores" sino de todos los argentinos que buscan justicia". Los discursos de Perón, durante esta época, oscilan pendularmente entre estas diferentes "definiciones", de acuerdo, entre otras cosas, con los interlocutores a quienes se dirige.⁹

Coadyuva a estas oscilaciones la utilización multivalente del "nosotros inclusivo". Un ejemplo de ello, interesante además por otras razones, es el discurso pronunciado **en la Bolsa de Comercio de Buenos Aires** el 25 de agosto de 1944. En esa alocución, Perón utiliza abundantemente el "yo personal", el "nosotros institucional". .. y también, finalmente, el "nosotros inclusivo". "Ellos", "los otros" son en este caso "las masas": se insiste, en el discurso, en la necesidad de "una captación progresiva de las masas", en la "desorbitación natural de las masas", en la existencia de "agentes de provocación que actúan dentro de las masas", en la "agitación natural de las masas", etcétera, para luego afirmar:

El Estado no tiene nada que temer cuando tiene en sus manos los instrumentos necesarios para terminar con esta clase de agitación artificial; pero, señores, es necesario persuadirse de que desde ya debemos ir encarando la solución de este problema de una manera segura. Para ello es necesario un seguro y un reaseguro. Si no estaremos siempre expuestos a fracasar.. .

No hay aquí duda posible: si "el otro" son las masas —contra cuyos desbordes es preciso precaverse— el "nosotros" abarca sin la menor ambigüedad al estado y a la alta burguesía (e incluso a Perón mismo ["yo personal"] y la alta burguesía);

Se ha dicho, señores, que soy un enemigo de los capitales, y si ustedes observan lo que acabo de decir no encontrarán ningún defensor diríamos, más decidido que yo, porque sé que la defensa de los intereses de los hombres de negocios, de los industriales, de los comerciantes, es la defensa misma del Estado.

Fue este, sin duda alguna, uno de los discursos menos eficaces de Perón. Por un lado, el nosotros "inclusivo", mediante el cual, como diría Althusser, Perón interpelaba a la gran burguesía, no fue reconocido por esta última;¹⁰ por otro, las citadas afirmaciones, y otras, que figuraban en dicho discurso, no tardaron en llegar a conocimiento de los sindicatos, quienes, como confirmados en sus peores sospechas frente a quien se había presentado como "defensor" de la clase trabajadora, le hicieron saber su sorpresa y su inconformidad. Hasta tal punto que, pocos días después, el 31 de agosto de 1944, Perón, ante los delegados de todos los sindicatos obreros, debió improvisar, no diremos una autocrítica, pero sí una suerte de descargo y de autojustificación que equivalía casi a una confesión de culpa (su principal argumento para explicar la necesidad de su discurso en la Bolsa de Comercio fue de orden "táctico": .estamos soportando —dijo— una presión extraordinaria de las fuerzas que se oponen a nuestra política social". Se sobreentendía, de ese modo, que había sido necesario "dorar la pildora" a dichas fuerzas).

Se trata, en suma, en esta primera etapa, de un discurso plurivalente, basado en una suerte de pragmatismo inmediato que afecta su coherencia, le resta fuerza y pone, al contrario, de relieve,

afirmaciones y tomas de posición dispares. De un discurso por lo demás carente todavía de un sujeto, de un interlocutor y de un adversario claramente definidos. Sin duda, una cierta tendencia va, de manera paulatina, cobrando forma y dando un perfil de más en más definido a ese discurso. Pero todavía, y hasta los acontecimientos de octubre de 1945, el discurso peronista se busca a sí mismo. Sólo cuando Perón, al calor de la movilización popular, -sea llevado por aquellos mismos que pocos días antes lo habían depuesto y encarcelado, a los balcones de la Casa de Gobierno para que hable a **su** pueblo, el discurso peronista comenzará a encontrar su verdadera voz.

2a. etapa (fines de 1945 hasta 1952).: desde finales de octubre de 1945 y, sobre todo, a partir del comienzo de la campaña que culminará con el triunfo electoral del 24 de febrero de 1946, el discurso de Perón adquiere una tipicidad y una figura definidas. Imposible, en los límites de este trabajo, analizar en detalle una producción discursiva que, en su conjunto, abarcaría varios volúmenes. No nos queda otro camino que el de exponer, lo más ordenada y claramente posible, los principales rasgos que otorgan su peculiar unidad a los discursos de ese período, acudiendo, para ilustrar esos rasgos, a unos pocos ejemplos. Además, dado —por una parte— el hecho de que algunos de esos rasgos ya han sido expuestos en el capítulo anterior y, por otra, que nuestro propósito es retomar el análisis del discurso del 12 de febrero de 1946, hemos de procurar evitar en la medida de lo posible reiteraciones inútiles. Esperamos, con todo, que las diferencias entre estos discursos y los pertenecientes a la primera etapa aparecerán con suficiente nitidez.

Antes de ello, sin embargo, formularemos algunas breves indicaciones históricas, necesarias en la medida en que afectan a las condiciones de producción de los discursos de esta segunda etapa. Luego de los sucesos de octubre de 1945, Perón ha dejado de pertenecer, de hecho, al gobierno de entonces. Es cierto que quienes lo reemplazan en los cargos que ocupaba (vicepresidente de la república, ministro de Guerra y secretario de Trabajo y Previsión) son notorios partidarios suyos.¹¹ De todos modos, a partir de esa fecha y hasta su elección Perón se sabe libre de manos (a nivel institucional) y puede, sin reticencias ni artificios de ninguna especie, hablar en su propio nombre. El 24 de febrero de 1946 es electo presidente de la república y si bien sólo asumirá el 4 de junio de ese mismo año el hecho es que, a partir de su triunfo electoral, actúa —y habla— como si ya estuviera en posesión de su cargo.

Cabría quizá, en ese sentido, distinguir dos subetapas en el transcurso de este segundo período, correspondiendo la primera a la campaña electoral y la segunda al ejercicio efectivo del gobierno nacional. Es en efecto indudable que el status de un discurso cambia cuando pasa de ser emitido desde el llano a serlo desde el poder. Pensamos, sin embargo **que**, si bien es preciso tener en cuenta esta diferencia de status, tampoco hay que sobreestimarla. Perón es ya, desde fines de 1945, un líder para las masas populares y lo seguirá siendo hasta su muerte, con o sin el poder en sus manos. Por cierto, como ya lo hemos señalado, al ritmo de las diferentes coyunturas, las formas de discursividad peronistas sufrirán cambios significativos; pero estos cambios no son estrictamente correlativos de los que afectan a la situación institucional de Perón —y ello, sobre todo, en la etapa que estamos analizando. Conscientes pues de la diferencia de status entre el Perón militante y el Perón jefe de gobierno, haremos sin embargo hincapié sobre un hecho no menos innegable: la unidad y continuidad de los rasgos que caracterizan a sus discursos durante toda esta etapa. Es tiempo ya de que pasemos al análisis de dichos rasgos y con él, al de la figura definida y específica que asume el discurso peronista en el mencionado período:

i) Con respecto a la posición de lo que hemos llamado el "enunciador", observamos en los discursos de esta fase un predominio masivo, y desprovisto de ambigüedades, del "nosotros" y sobre todo del "yo" *personales*; disminuye en la misma medida la utilización del "yo" y el "nosotros" *institucionales*. Cuando el "nosotros" es empleado asume sistemáticamente la forma de un "nosotros" inclusivo que engloba al enunciador (Perón) y a las "masas trabajadoras" (el pueblo). No tienen ya cabida, en esta etapa, los sospechosos desplazamientos que afectaban a ese "nosotros" inclusivo en el período anterior. Perón ha definido ya sin equívocos a un destinatario (y a un aliado) privilegiado.¹²

ii) Cambiarán asimismo las modalidades de interpelación del alocutario: las variadas expresiones utilizadas en los discursos de la etapa precedente (por ejemplo, "compatriotas", "pueblo de la patria", "conciudadanos", "señores", etcétera) se sustituirán, asumiendo un carácter casi proverbial, por la fórmula "compañeros". Es superfluo señalar que este tipo de interpelación subentiende un "nosotros" inclusivo.

iii) Por otra parte, como lo indicamos en el capítulo anterior, los discursos de esta época adoptan de más en más las formas de hablar populares. Ello se traduce, a nivel léxico, en el empleo frecuente de vocablos propios del lenguaje familiar ("pibes" por "niños"; "mi mujer" por "mi esposa"; "jorobar" por "molestar"; "tipos" por "individuos", a los que hay que agregar los*utilizados para designar a sus adversarios:

"alcahuetes", "crotos", "contreras", etc); .asimismo, Perón recurre abundantemente a metáforas deportivas (por ejemplo, partido de campeonato), a refranes, a anécdotas, generalmente humorísticas y , en fin, a variadas formas de expresión coloquiales ("hacerse los vivos", "pisarse los pantalones", "estirar la pata", y otra») ""

iv) En lo que se refiere a la dimensión específicamente polémica de los discursos de Perón, sobresalen los rasgos siguientes:

—:1a descalificación de las formas **de** de discursividad del adversario. No retomaremos este punto, suficientemente explicitado en el capítulo anterior; -

—la reappropriación de ciertos símbolos levantados por el discurso opositor. También este rasgo discursivo ha sido señalado en nuestro examen de las tesis de Ernesro Laclau, en especial a propósito del símbolo "democracia". En este sentido, la nítida ruptura que opera el discurso de Perón **con** respecto al discurso político tradicional se ve complementada por esta operación de apropiación- rearticulación de determinadas significaciones "positivas" pertenecientes a este último;

—el planteo y la reafirmación constantes, durante la campaña electoral y la primera presidencia, de la oposición entre "oligarcas" y "descamisados". Esta oposición, en la cual se condensan eficazmente los elementos populares y anti statu quo del peronismo, constituye a menudo el eje del discurso polémico de Perón, y también de Eva Perón, durante esos años. Cabe consignar, sin embargo, que la oposición en cuestión se va tornando, desde los Inicios de la década del 50, cada vez menos frecuente en el discurso peronista, hasta desaparecer por completo. La muerte de Eva Perón, en julio de 1952, es contemporánea (y quizá una suerte de símbolo) de la exclusión de ese antagonismo.¹⁴

—fue igualmente indicado en el capítulo precedente que, durante la campaña electoral del 46, y a pesar de que Perón era sin la menor duda el candidato que el gobierno apoyaba, su discurso se presentaba de hecho como un discurso de oposición, como el discurso de alguien que se propone romper con el continuismo de la política tradicional, siendo que los voceros de esta última definían precisamente como continuista a la candidatura del propio Perón.

Agreguemos que, a su vez, aquello que Perón lograba con notoria eficacia —descolocar permanentemente al discurso opositor—■ era intentado, aunque sin éxito, también por este último con respecto al discurso peronista. Un ejemplo casi patético de esas tentativas fue la respuesta a la consigna de "Braden o Perón". Los propagandistas de la Unión Democrática creyeron oportuno contraponer a dicha consigna la siguiente "Tamborini o Hitler". Con ello consiguieron un efecto doblemente negativo: en primer lugar, poner de relieve la eficacia de la fórmula peronista (pues la réplica se situaba en el mismo terreno que el de la consigna de Perón); en segundo lugar, hacer efectiva una operación que el propio Perón debía, casi, agradecer a sus adversarios: *desplazar la contienda al plano de las figuras personales de los candidatos*. En efecto, la UD tenía todo que perder con ese desplazamiento: la calma y apacible figura del doctor Tamborini era casi el prototipo mismo del político oscuro, no "carismático"; levantar su nombre, oponiéndolo puntual y personalmente al de Perón, sólo podía tener como resultado hacer resaltar, por contraste, las cualidades individuales de este último: todas aquellas que el propio Perón se empeñaba en valorizar a través de su estrategia discursiva. Colocándose en el terreno mismo en que Perón planteaba el combate, la Unión Democrática se descolocaba a sí misma. Los electores votarían, o bien por la UD, o bien por Perón; nunca votarían *especialmente* a Tamborini.

Resumiendo: en esta segunda etapa el discurso de Perón reúne coherentemente los rasgos populistas que fueron siempre, o casi siempre, los suyos, articulándose a un proyecto ideológico político que apunta a lo que cabría llamar un "transformismo progresivo" de la sociedad argentina (cfr. de Ipola y Portantiero, 1981). Y ello sin perjuicio del hecho de que las constantes de dicho discurso, y en especial su preocupación por el orden social, permanezcan intactas. En ese contexto se sitúa el discurso del 12 de febrero de 1946, cuyo examen podemos ahora retomar.

III. *Braden o Perón: el discurso de la ideología argentina*

Al comienzo de este trabajo hicimos hincapié sobre el hecho de que el discurso del 12 de febrero de 1946 fue elaborado en términos tales que implicaban la construcción discursiva de un destinatario múltiple, diversificado. Conviene recalcar, para evitar malentendidos, que no se trata sino de una construcción discursiva y que, en ese sentido, nuestro análisis sigue permaneciendo en el punto de vista de una lectura "en producción". El o mejor dicho *los* destinatarios a que nos referiremos no son forzosamente los receptores reales del discurso de referencia: la función "destinatario" está por así decir marcada en el interior del propio texto y es por lo mismo producto de operaciones discursivas determinadas (cfr. Todorov, 1974, en especial páginas 41-42).

Dicho esto, en lo que sigue quisiéramos abordar sucesivamente los puntos siguientes:

en primer lugar, de qué modo, en función de qué dispositivos y mecanismos, el discurso en cuestión constituye e "interpela" a esos destinatarios o lectores implícitos;

en segundo lugar, qué conclusiones teórico-metodológicas podemos extraer de lo anterior, en lo relativo al análisis ideológico de los discursos políticos;

en tercer y último lugar, qué podemos inferir acerca del sentido ideológico del discurso del 12 de febrero de 1946 y más generalmente del discurso populista peronista.

Examinemos el primer punto. Uno de los rasgos recurrentes de dicho discurso —y que por su recurrencia misma merece atención— reside en nuestra opinión en el hecho de que, al tiempo que se presenta como dirigido privilegiadamente a* la clase obrera, se empeña en poner de relieve aspectos complementarios: a) la *no* ecuación entre "clase obrera" y "argentino", lo cual conlleva la valorización positiva del argentino no obrero; b) el hecho de que el discurso está dirigido a los "argentinos de buena fe", y no sólo a los obreros.

Ambos rasgos se manifiestan en diferentes registros —y con diferentes modalidades:

a) En el nivel de los *dispositivos interpelativos*: se da primacía en ellos —como en casi todos los discursos de esa época— a colectivos designados alternativamente como "trabajadores", "obreros", "desheredados" o "descamisados", pero, al mismo tiempo, se pone cuidado en aclarar que esos sectores no son todo el país, ni sólo ellos serían permeables por principio "a la verdad de nuestra causa". Para ello, basta "con ser argentinos y nada más "argentinos", con ser "hombres de buena voluntad", "pobres o ricos", obreros, sin duda, pero también sectores medios e incluso capitalistas que actúen como "elemento activo de la producción y [contribuyan] al bienestar general"; que sean "cooperadores" y "colaboradores sinceros" de su gestión "redentora". El llamado de Perón es pues plural: nadie tiene nada que temer si responde positivamente a él,¹⁵ salvo, claro está, la oligarquía y sus personeros partidarios de la UD.

b) En el nivel de determinadas *recurrencias temáticas*: sobresale, entre ellas, la exaltación de ciertos símbolos y valores nacionales tradicionales, a los cuales serían positivamente sensibles no sólo los obreros sino el conjunto de los sectores de la sociedad argentina. De ahí la referencia a los "grandes ideales de auténtica libertad que soñaron los forjadores de nuestra independencia", el énfasis positivo con que se habla de la constitución, de los "órganos legislativos naturales", del "gran demócrata norteamericano, el desaparecido presidente Roosevelt", de las categorías jurídico-políticas de "ciudadano" y de "soberanía", del "progreso", de la necesidad de "permitir precios remuneradores al capital que sean firmes y estables" y de otorgar "préstamos para la construcción y renovación del hogar de la clase media, pequeños propietarios rentistas y jubilados modestos...". Por una parte promoción de los valores de la *democracia* (tema al cual ya nos hemos referido) y, por otra, del *nacionalismo*: símbolos, por cierto, no única ni primordialmente obreros, banderas a las que se supone adhieren o deben adherir todos los sectores sociales, con excepción obviamente de los "enemigos de la nacionalidad". De ahí asimismo la exaltación reiterada de lo (auténticamente) "criollo" ("Hermanos: con pensamiento criollo, con sentimiento criollo..."; "Argentinos como nosotros, con las virtudes propias de nuestro pueblo", etcétera).

c) En el nivel de lo que llamaremos el *componente "polémico"* del discurso: con esta última expresión queremos referirnos a la puesta en escena discursiva de las oposiciones, antagonismos, contradicciones que, por principio, son inherentes a todo discurso político (cfr. Verón, 1978b y el capítulo 2 de este volumen).

Abordamos aquí un problema particularmente delicado y complejo que nos obligará a anticipar parcialmente el tercer punto de los enumerados antes. Enunciemos desde ahora la hipótesis que intentaremos defender: el discurso de febrero de 1946 está polémicamente construido alrededor de dos ejes de oposición relativamente diferenciados, esto es, no equivalentes, a saber:

1) la oposición oligarquía vs. pueblo

2) la oposición Braden vs. Perón

Ahora bien, por una parte, el conjunto del discurso apunta a borrar la diferencia existente entre ambos antagonismos y, por otra, a otorgar una clara primacía al segundo. Dicho de otro modo, procurando en una primera instancia anular la no equivalencia entre ambas contradicciones, el discurso de Perón hace lo necesario para dar primado a la segunda (la cual, por lo demás, subsumiría a la primera). Veamos esto.

Respecto del antagonismo oligarquía vs. pueblo, su "instalación" discursiva es, sobre todo, el objeto (y quizá el objetivo) de la primera parte del discurso que comentamos. En los primeros párrafos se afirma y reitera con insistencia la defensa de la clase trabajadora contra la "opresión patronal", contra la "oligarquía", contra los "sindicarios señorones", contra la "plutocracia" y contra los prohombres políticos (la UD) que actúan de "vestales un tanto caducas y un mucho recompuestas". Incluso la violenta denuncia de la adhesión de los partidos comunista y socialista a la UD es presentada como una traición a las masas proletarias y como un servicio a los "intereses capitalistas". Se trata en suma de la escenificación de un antagonismo entre fuerzas que, aunque marcadas por lo político, son eminentemente sociales. De ahí la alusión enfática a la lucha entre la justicia social y la injusticia social. Y se trata, por fin, de una oposición "interna", en la cual las referencias principales remiten a problemas de carácter nacional: de una oposición,

si se quiere, "doméstica". (No por azar la ya mencionada lucha entre la justicia y la injusticia sociales es calificada como un "partido de campeonato".)

Dicho esto, la parte final del discurso está enteramente consagrada a la afirmación y a la denuncia enérgicas de otro principio antagónico: "Braden o Perón"; horas después de la finalización del acto los muros de la ciudad de Buenos Aires recogerán y multiplicarán esta consigna.

¿Quién es, en el discurso de Perón, el señor Braden? Sin duda, un individuo repudiable, una suerte de síntesis de todos los vicios y maldades: intruso, intrigante, fomentador de odios, beligerante, mentiroso, impostor, ambicioso, reaccionario, inescrupuloso... No obstante, a diferencia del Luis Bonaparte descrito por Marx en *El 18 brumario*, no se trata en modo alguno de un personaje "mediocre y grotesco". Se trata de un individuo dotado de poder y hasta de un cierto talento maquiavélico. Es, en efecto: "... el inspirador, creador, organizador y jefe verdadero de la Unión Democrática"; es el embajador que, llegado al país, procura y logra anular todos los convenios con Estados Unidos que el gobierno militar había concertado en ocasión de la misión Warren; es quien, al cabo de poco tiempo, "se convierte en el jefe omnipotente e indiscutido de la oposición, a la que alienta, organiza, ordena y conduce con mano firme y oculto desprecio"; es quien "subordina a la prensa y a todos los medios de expresión del pensamiento"; el que "se asegura por métodos propios el apoyo de los círculos universitarios, sociales y económicos, *desarrollando su extraordinaria habilidad de sometimiento en el campo de la política*"; es incluso el organizador de la Marcha de la Constitución y de la Libertad; el que busca y consigue pactar con todos, "conservadores, radicales y socialistas... comunistas, demócratas-progresistas y pronazis", con la única exigencia de que todos aquellos a quienes brinda su amistad efectúen una "bien probada declaración de odio" hacia la persona de Perón.

Digámoslo sin vueltas: quien se atribuye a sí mismo una misión de redención social necesita un enemigo a su medida; al Mesías, sólo Satán puede oponerse. Por ello, sería "un designio fatal del destino" que triunfarán las fuerzas de la UD. Ya que en realidad quien triunfaría sería el "diabólico" Braden, contrafigura del ya mencionado Roosevelt y, por supuesto, contrafigura (temible) de Perón. Por lo demás, tanto este último como el ex embajador de Estados Unidos en Argentina son personajes curiosamente solitarios: Perón habla siempre en su propio nombre, "sin ostentación ni gritos" y sólo puede defender su candidatura mostrando su trayectoria personal y sus ideas; Braden se mueve esencial si no exclusivamente en virtud de su naturaleza perversa y con vistas a sus intereses y ambiciones personales; ni siquiera (Perón alude a ello) contaría realmente con el apoyo del gobierno a quien representa. Cuenta, en cambio con el apoyo de la oligarquía y sus representantes políticos (la UD) ... así como Perón cuenta con el apoyo del pueblo.

De ahí la doble ecuación que plantea el discurso:

Unión Democrática = oligarquía. = BRADEN

Clase trabajadora y argentinos "honestos" = pueblo == PERÓN

Doble ecuación de la cual se infiere, naturalmente, la conclusión con la cual Perón da término a su discurso: "La disyuntiva, en esta hora trascendental, es ésta: o Braden o Perón. Por eso digo... ∴ sepa el pueblo votar". Y, ¿por quién podría votar el pueblo, si no por su "equivalente general", encarnado en la figura y el cuerpo propio del líder?

Podemos ahora abordar la segunda de las preguntas que formulamos al inicio de este párrafo. Al respecto, quisiéramos limitarnos a llamar la atención sobre una regla teórico-metodológica que, según creemos, se deduce claramente del sucinto análisis del discurso del 12 de febrero de 1946 hecho en los párrafos precedentes.

En el capítulo 2 hicimos hincapié en la tesis según la cual lo ideológico no designa una colección de hechos, procesos u objetos "reales" sino un nivel de análisis de todo hecho, proceso u objeto social. Esta tesis ofrecía una primera respuesta a un problema de orden esencialmente teórico; al mismo tiempo, sin embargo, planteaba y dejaba en suspenso una cuestión de alcance metodológico, formulable en los siguientes términos: ¿dónde buscar las "huellas" de lo ideológico en un producto significativo determinado? O, con otras palabras, ¿en qué nivel de los fenómenos discursivos detectar aquello que denominamos su dimensión ideológica?

Pues bien, por insuficiente que haya sido, el ya citado análisis del discurso de febrero del 46 nos permite ofrecer algunos elementos de respuesta a este interrogante metodológico. Dicho análisis, en efecto, y en la medida en que requirió referirse, ya a los dispositivos interrelativos, ya a las recurrencias temáticas, ya a la *mise-en-scene* discursiva de los antagonismos (y téngase en cuenta que esta enumeración está lejos de agotar los niveles de lectura posibles), basta con todo para mostrar que no existe ningún registro discursivo privilegiado donde lo ideológico aparecería, por así decir, en persona. O, dicho de otro modo, que lo ideológico, en tanto huella de las condiciones sociales de producción y/o de recepción de un discurso, debe ser buscado *en todas partes*, es decir, en cualquiera de los niveles (sintáctico, semántico, léxico, fonológico, etcétera) que la lingüística distingue como constitutivos de los discursos (cfr. Verón, 1978a y el capítulo 5 de este volumen). En tal sentido, cabría decir que el análisis de ideologías debe proceder de acuerdo a los mismos criterios formales en función de los cuales se efectúa la escucha psicoanalítica, esto es, de acuerdo con la regla llamada de la "atención libremente flotante" (cfr. Laplanche y Leclaire, 1968). En la lectura

psicoanalítica, en efecto, no hay tampoco nivel privilegiado del discurso del analizando: los conflictos de este último pueden emerger, bajo la forma de "huellas" —es decir, para el caso, de síntomas— en todos y cualquiera de los planos de dicho discurso, incluida por supuesto su temática explícita. No otra cosa ocurre, formalmente hablando, con el análisis ideológico de los productos significantes. Sin duda, la lectura psicoanalítica y la ideológica de un discurso obedecen a principios teóricos diferentes (lo que no quiere decir excluyentes); pero, al menos en el plano metodológico, y seguramente en otros, pueden "instruirse" mutuamente.

Por último, y como conclusión de este trabajo, haremos unas muy breves indicaciones relativas a la tercera de las preguntas antes formuladas: El discurso de Perón del 12 de febrero de 1946 es uno de los más conocidos y también uno de los más frecuentemente comentados por quienes se han dedicado al análisis del populismo peronista y, en general, de sus orígenes. El hecho, en nuestra opinión, no es en modo alguno casual: se trata, en efecto, de un discurso que tuvo, y seguramente sigue teniendo, un carácter ejemplar y un valor que bien cabría llamar emblemático. Se lo apruebe o desapruebe, se lo exalte o se lo repudie, nadie puede negar su significativa y casi decisiva trascendencia. Por nuestra parte, pensamos que dicha trascendencia, en la medida en que excedió largamente la coyuntura electoral en que fue pronunciado, guarda una relación estrecha con el sentido político del discurso en cuestión o, para decirlo en términos más precisos, con la modalidad particular en que se articulan, en dicho discurso, sus huellas ideológicas.

Ya hemos hecho referencia a los tres registros (estructura interpelativa, recurrencias "temáticas" y planteamiento de los antagonismos básicos), en los cuales esas huellas —o al menos las principales— se manifiestan. Quisiéramos ahora hacer hincapié sobre el hecho de que es justamente la manera en que los mencionados registros aparecen articulados en el discurso lo que da a este último su figura ideológica específica. En efecto:

a) por una parte, el conjunto de las "huellas" que remiten a *interpelaciones* converge hacia la definición-constitución de un sujeto político que, pese a estar privilegiadamente marcado por el componente "clase obrera", excede y por lo mismo engloba a esta última. Con otras palabras, dicho sujeto político no es sólo la clase proletaria: es (obviamente) el "pueblo". Ahora bien, tal estructura interpelatoria se imbrica sólidamente con el planteo del antagonismo principal: la constitución del sujeto pueblo es indisociable de la definición de su enemigo histórico. En particular, la primera parte del discurso está dedicada a caracterizar a ese enemigo y a precisar la naturaleza del antagonismo en cuestión. El enemigo: la "oligarquía", representada políticamente por la Unión Democrática. En cuanto a la naturaleza del antagonismo es, por así decir, doble: se trata, por un lado, de una contradicción *social* que enfrenta a los desheredados, los humildes, los productores contra quienes los oprimen y explotan; pero se trata también de una contradicción entre *lo nacional y lo antinacional* (expresada a veces como oposición entre lo criollo y lo foráneo, entre el que piensa y siente como argentino y el "intruso" que se inmiscuye en nuestra vida política para imponer sus propios intereses y que obtiene el apoyo de lo que más tarde será calificado como la antipatria).

b) Por otra parte, sin embargo, el discurso que comentamos, en los tres registros antes distinguidos, toma cuidado de recapturar la virulencia potencial del dispositivo descrito *en a)*, insertándola en el interior de ciertos límites perfectamente definidos. Así, en primer lugar, la reivindicación del pueblo va apareada con la reiterada afirmación del necesario papel regulador del estado; en segundo lugar, el planteamiento del antagonismo principal conlleva la reducción de dicho antagonismo a la oposición entre dos jefes: Perón, jefe máximo del movimiento popular, y Braden, jefe máximo de las fuerzas antinacionales y antipopulares. Naturalmente, este segundo mecanismo refuerza al primero: el líder del *pueblo* se presenta ante este último como reivindicando el derecho a ser Jefe de *Estado*. Promoción, pues, de lo popular, enfrentamiento a la oligarquía, socialmente injusta y políticamente no soberana (antinacional), defensa de la justicia social contra la injusticia social; pero, todo ello, encuadrado en una lógica según la cual el poder estatal, con su legítimo e indispensable papel regulador, con su derecho jurídicamente establecido y políticamente indiscutible de asumir y representar la soberanía nacional y con su papel, no menos indiscutible, de garante de la paz y del orden, constituye el horizonte absoluto en el cual deben encuadrarse las demandas populares y las reivindicaciones y valores nacionales.

Ahora bien, si el punto a) refiere a la dimensión "nacional-popular" inscrita, sin lugar a dudas, en el discurso del 12 de febrero, el punto b) manifiesta por su parte la dimensión "nacional-estatal" de dicho discurso, planteando a esta última como el insuperable límite de la primera

En este sentido, se trata de un discurso que articula de un modo ejemplar los rasgos principales del populismo peronista. Articulación donde, sin duda, es posible, detectar los aspectos innegablemente progresistas de dicho populismo, así como sus limitaciones. En cuanto a los primeros, conviene subrayar que la reivindicación de lo nacional-popular está lejos de haber sido un simple "episodio" o una dimensión secundaria de la discursividad y de la política peronistas. En efecto, las clases populares argentinas no se adhirieron a Perón por miopía, sub-desarrollo ideológico u otras razones "irracionales". Tal adhesión, por el contrario, se dio indisolublemente apareada a la constitución de dichas clases en sujeto político, con una presencia y una identidad propias. El peronismo significó, para ellas, también eso: su irrupción irreversible en tanto fuerza social vigente y actuante.

Reconocer, sin embargo, estos aspectos eminentemente positivos no debería obligarnos a cerrar los ojos ante un hecho que marcó también, constitutivamente, al fenómeno peronista, a saber, la subordinación de principio, y no sólo "coyuntural", del ya mencionado componente nacional-popular a la lógica de lo nacional-estatal y, por tanto, a la forma general de la dominación. El peronismo jamás cuestionó esa subordinación, ni en su ideología ni en sus prácticas: en él se condensaron, pues, las virtualidades, las contradicciones y los límites de todo populismo históricamente dado.